



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 30 DE JUNIO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Lastimosas verdades

EN BUSCA DE LA MANO DE JESÚS
OLGA DE LEÓN G.

Andaba sobre camino empedrado, sufriendo las de Caín, porque sus patitas de cuando en cuando se le quedaban prisioneras entre las ranuras más pequeñas que por mala suerte, estaban a la orden del día por donde la hormiguita iba, y no tenía modo de evitarlo sin salirse de la ruta más corta hasta la montaña más alta del mundo, que era a donde la amigueta del elefante azul se dirigía ese día, cuando la encontré luchando por salir bien librada del empedrado al que fue a dar.

El párroco de la iglesia a donde ella acudía los domingos, le dio un mapa y le dijo que ese era el camino que debería seguir para llegar a la cima de la montaña más alta del mundo.

Obviamente, la hormiguita no le había dicho a nadie -ni siquiera a su amigo sacerdote- que pretendía llegar hasta la residencia o palacio de su hermano y gran amigo, Jesús. Pero, ella sabía que ya puesta allí (en la cima de la montaña), le sería más sencillo lanzarse sobre alguna nube y ver cómo alcanzar las puertas del cielo.

Entretanto, tuve la suerte y el tiempo de platicar con la hormiguita sobre varios asuntos que a ambas nos apasionaban. Mi amigueta era tan sabia, pero sobre todo tan humana (más que muchos de nosotros) y justa, como muy pocos; aunque definitivamente no muy ducha en matemáticas y cálculo... O, "se le iban las cabras", a ratos. O se le olvidaba que el mundo es inmensamente grande, en proporción a su minúsculo tamaño, pues: ¿cómo podía creer que, a su paso, llegaría a la montaña más alta del mundo? Y, luego, ¿cómo esperaba saltar a una nube y quedar ante las puertas del cielo?, donde suponía vivía Jesús.

Pues hete aquí que como si adivinara mi pensamiento, giró su pequeña cabeza y me dijo: "...los milagros existen, amiga mía", y lo repitió una vez más: "Los milagros existen...". No bien termina su dicho, y de inmediato se desató un ventarrón fuertísimo, cual los que traían consigo los huracanes, tanto que nos levantó en vilo a ambas y nos transportó -aunque de tumbo en tumbo, de vez en vez- más de diez mil kilómetros delante de donde habíamos estado en el empedrado. Y luego, parábamos y enseguida volvía el ventarrón a levantarnos. Volamos juntas, porque la hormiguita oportunamente se había prendido fuertemente al cordel de uno de mis tenis.

Así viajamos, queriendo y sin quererlo; hasta que, por fin, los vientos se apaciguaron y el clima pasó a ser definitivamente frío: ¡estábamos a las faldas de la montaña más alta del mundo!

Qué se necesitaría para llegar hasta la cima: ¿otro milagro?, seguramente. Yo me sentía cansada, por no decir agotada, pero la hormiguita pareciera que le hubieran llegado nuevos bríos ante este siguiente reto: subir por la montaña.

No obstante, con el cansancio, fue necesario detenernos. Dormir, parecía ser la única opción. Y con el sueño vinieron nuevas ideas, y la imaginación no tuvo parangón con las fantasías de ningún otro



día. Así fue: sin saber cómo ni cuánto tiempo pasó, estábamos ya ante las puertas del Cielo; sí, el cielo con mayúsculas, porque era la entrada al reino de Jesús, el amigo de la hormiguita. Muy feliz y contenta, la hormiguita empezó a bailar, dando saltos, giros y piruetas de ballet.

Poco después, se escuchó una voz firme, pero a la vez acogedora, preguntando: ¿Quién ha llamado a esta puerta? Ipso facto, la hormiguita respondió, he sido yo, señor don Pedro (No sé de donde sacó ese nombre mi amiga colorada, pero le atinó), la voz volvió a hablar y le dijo: ¿Dónde estás que no puedo verte?

La hormiguita me guiña un ojo y me dice: estos ricos no saben ver para abajo. Ahora sí, el señor Pedro la escuchó. ¡Ah! Eres tú. Pero si aún no te toca venir. ¿Que buscas? A Jesús, ¿a quién más! Y, ya sé, me dirás que no está o que está en una importante reunión...

Pues dale de mi parte este mensaje: que se deje de rodeos y se venga a vivir entre los mortales. Las injusticias pululan y los abusos a los trabajadores de la enseñanza universitaria les escatiman su tiempo real de antigüedad, porque firman un cambio de su base, ¡esas son sus leyes! No respetan la Máxima Carta de la Nación, nuestra Constitución, y someten bajo su yugo las voluntades y derechos de los trabajadores, los de la educación y enseñanza universitaria, amén de los de a pie: todos los empleados que firmaron para poder acceder a, ¿una seguridad?...

El piso estaba muy duro a pesar de que caí sobre mis cobijas, las que cayeron conmigo... Soñar es el recurso de los menos favorecidos de la mano de... ¿Jesús?

TRES BESOS FALLIDOS
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

ernas. Es más, no vayamos tan lejos: simplemente recuerda tu infancia... te encuentras con tus amigos, los vecinos de cuadra, en la calle, atrapados bajo la lluvia, protegidos por el techo de una cochera que no es la tuya. De pronto, un trueno te saca un susto... Naturalmente, aparece Dios, nuestra necesidad de Dios. ¿Cómo?"

"La Naturaleza nos asombra. Un escalofrío recorre nuestro cuerpo cuando escuchamos el trueno, mientras admiramos la lluvia y la tormenta, cuando notamos, por las noches, la constancia de los astros, el ciclo lunar, la vuelta de la tierra al sol. Cuando observamos la regularidad de la procreación. ¿Hay un creador de todo esto, que observamos? Es una pregunta que no podemos evadir. Y finalmente, más tarde, nos volvemos conscientes de nuestra mortalidad y no nos queda de otra más que preguntarnos, ¿cuál es la finalidad de esta vida?, ¿a qué vinimos a este mundo? Solo podemos responder con una palabra: Dios."

"Te entiendo. ¿Y de ahí a la religión?". "La religión fue una respuesta a estas preguntas; pero no la única. Sócrates y Platón contestaron con la Filosofía y lo que ellos llamaron Verdad, y que finalmente derivó en la Ciencia. Pero los antiguos griegos también respondieron con las Artes. Los egipcios: con las Artes y la Religión, tan unidas entre ellos.

La mitología egipcia es una simple proyección de la naturaleza humana sobre el mundo de las divinidades. El mundo de Platón es, en cambio, el de las ideas. ¿Recuerdas sus Diálogos?". Sofía asintió. "Volviendo a los egipcios, ahí ya está presente entre ellos, como en el área entre el Tigris y el Éufrates, el tema de la Eternidad. El más importante de los deseos humanos, después de la Existencia. ¿Qué curioso!, ¿no? El absurdo de la existencia de Sartre y Camus viene a dar el toque precisamente al final de una era; junto con los Teatros del Absurdo y la Crueldad. ¡Ah, el teatro!, la forma de arte tan conservada y que nos viene de los antiguos griegos. La primera separación entre Verdad y Ficción. ¿Irán a unirse, ambas, a final de cuentas?", le pregunté a Sofía.

La botella fluyó como leche y miel en nuestros estómagos. Ordenamos una coliflor asada, para compartir. Y otra botella más. Hablamos sobre la sequía y el arcoíris. Sobre temas que nos asombraban de niños y para los cuales, ya no tenemos tiempo para detenernos y admirar. Yo me quedé observando a Sofía. Llevaba seis años separada y haciéndose cargo de sus tres hijos.

"¿Me darías un beso?", le pregunté. Se extrañó y quedó un poco consternada. Se acarició el cabello. "Voy a pedir la cuenta", le dije. "Te llevo a tu casa", respondió, "sé que cuando bebes, no manejas". Le agradecí.

Cuando me dejó frente al acceso a mi casa, abrí la puerta del copiloto del auto. Quise darle un beso en la mejilla y ella quiso darme en la boca. Ninguno de los dos besos se consagró. Reímos y posteriormente, nos despedimos... para siempre.



Georges Duhamel

(París, 1884 - Valmondois, 1966) Escritor francés. Hijo de médico, y médico a su vez, tuvo una vida muy activa, durante la cual escribió una gran cantidad de obras de distintos géneros: narrativa, ensayo, poesía y teatro. En 1907 fundó, con Charles Vildrac y otros, una especie de comunidad artística, la Abbaye de Créteil, pero la experiencia duró poco. En ese tiempo aparecieron los primeros volúmenes de sus poesías: Des légendes, des batailles (1907), Selon ma loi (1910) y Compagnons (1912). Colaboró en el Mercure de France, además de extender su actividad al teatro, para el que escribió La lumière (1912) y Le combat (1913).

Al estallar la Primera Guerra Mundial, participó en ella como oficial médico; de esta amarga experiencia surgirá La vie des martyres (1917), con la que enseguida alcanzó notoriedad, y Civilisation (1918), que recibió el Premio Goncourt. Mientras tanto, estaba configurando una forma de novela que la crítica definiría como "dialogico-analítica": en este sentido, los mayores logros están representados por los dos grandes ciclos de los Salavin y de los Pasquier.

El primero de ellos (Vida y aventuras de Salavin) está constituido por cinco volúmenes: Confesión de medianoche (1920), Dos hombres (1924), Diario de Salavin (1927), El club de los Lioneses (1929) y Tel qu'en lui-même (1932); el segundo ciclo lo componen diez volúmenes agrupados bajo el título de Crónica de los Pasquier (1933-1944).

Este último adopta una forma más autobiográfica, y finaliza con el relato del estallido de la Primera Guerra Mundial. Mientras creaba estos dos ciclos, Georges Duhamel no dejó de escribir, sin embargo, otras novelas, obras teatrales (entre las cuales la más significativa quizás sea L'oeuvre des athlètes, 1920), ensayos y poemas. La obra de Duhamel es un conjunto imponente, del que cabe recordar también cinco volúmenes de memorias, Lucas sobre mi vida, las notas y los recuerdos de viaje. Cabe citar también El notario de El Havre. En 1935 fue nombrado miembro de la Academia Francesa.

ad pédem literae

Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero el presente es tuyo

Proverbio árabe

Letras de
buen humor

Un amigo es uno que lo sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere

Elbert Hubbard

Mónica Lavín

La rapidez de los cambios

Que la tecnología va a una velocidad que nos rebasa ya es lugar común. La famosa zarzuela La verbena de la Paloma lo advertía: hoy los tiempos adelantan que es una barbaridad. Nuestros padres expresaban, quizás con el deseo de que los hijos notáramos que la televisión no siempre había estado en las casas, que el radio era el medio de entretenimiento e informarse de las noticias. En mi infancia la televisión era en blanco y negro, luego llegó el color y la programación que empezaba a las 3:30 de la tarde se extendió. En nuestras vacaciones familiares en Acapatzingo, Morelos, pagábamos unos centavos por ver la televisión en la casa de la única vecina que la poseía.

Me enfocaré al instrumento para plasmar las palabras que hemos usado los escritores. Prácticamente casi todo el siglo XX, los escritores no tuvieron que mudar de herramienta de trabajo. La máquina de escribir estuvo ahí, desde las voluminosas Remington (fabricadas desde 1873), las Underwood, hasta las versiones más ligeras y portátiles Olivetti Lettera con un mecanismo que esencialmente era el mismo. Teclas que al presionarse golpeaban la cinta entintada

sobre el papel en un punto central donde había una especie de mirilla; para el cambio de renglón una palanca hacía avanzar los engranes de un rodillo donde corría el papel. Las fotos de los escritores del siglo XX nos los muestran frente a la máquina de escribir.

Un martilleo rítmico acompañó el sonido de la creación. El legajo de hojas abultaba el montón que resistía la prueba, mientras los errores eran pelotas de papel arrugado rebosando el cesto de la basura. La imagen es también un cliché de la escritura en esa fuente mecánica. Si acaso fue la máquina de escribir eléctrica la que le dio más velocidad y que además permitió el borrado de la letra errónea y menos papel a la basura.

Mi primer libro de cuentos se publicó en una colección que nació en los años 80 con el nombre de Letras Nuevas, una iniciativa de SEP-CREA que dirigía el escritor Eugenio Aguirre. Las portadas de esa colección llevan fotografías de ángulos diversos de una máquina de escribir. Destacan las teclas redondas y amables con las yemas de los dedos. La escritura era una operación de transferencia mecánica de la imaginación y las palabras. Todavía me parece asombroso que



de aquella invención metálica surgiera el tapiz de impresos que acolcha muros, memorias y hace de lo individual colectivo y de lo colectivo un referente individual.

Desde mis primeros cuentos en la máquina de escribir Olivetti del escritorio de mi padre, los que seguimos escribiendo en el siglo XXI hemos vivido el cambio mecánico sonoro al silencioso teclado frente a monitores profundos que ocupaban mesas enteras, que almacenaban el mundo de palabras en discos blandos, floppys, en la jerga anglo.

Después, los discos se volvieron pequeños y sólidos, y luego delgados CD's. Las rendijas para insertarlos desaparecieron de las computadoras y lo con-

creto y tangible salió del intestino de la computadora para almacenarse etéreo en la "nube" (mucho más poético). Si queremos, los escritores no necesitamos ahora ni siquiera la acción física de la danza de los dedos en un teclado para producir un texto que se puede grabar: salir de las cuerdas vocales para plasmarse en alfabeto legible. En ese vértigo, incluso el mundo de palabras puede prescindir del escritor, aunque somos quienes hemos nutrido de estrategias y formas, imágenes y emociones para que un dios cibernético pueda crear una obra. La inteligencia artificial tal vez reinvente al escritor frente a su máquina de escribir entre el sonido y el silencio que busca la trama y las palabras